

de la educación científica de su preceptor, y adquirió si no una instrucción profunda, esos conocimientos superficiales, que unidos á un talento natural, vivo y perspicaz, hacen pasar á un hombre como más instruído de lo que realmente es. Así Rodolfo dejaba airoso al abate que se había dedicado á su enseñanza.

Cuando Murph volvió de Inglaterra con su familia, lloró de gozo al abrazar á su antiguo alumno. Á los pocos días, aunque sin poder adivinar la causa de la mudanza, conoció el hidalgo que Rodolfo le trataba con cierto despego y frialdad, sobre todo, cuando le recordaba su vida activa y agreste. Contando con la natural bondad del príncipe é instigado por un secreto presentimiento, le creyó momentáneamente pervertido por el fatal influjo del abate, á quien odiaba por instinto y al cual se propuso observar atentamente. Por su parte Polidori muy contrariado por la vuelta del inglés, cuya franqueza, penetración y buen sentido temía, sólo se ocupó de perderle en el concepto de Rodolfo.

En este estado se hallaban las cosas cuando Tomás y Sara fueron presentados y recibidos en la corte de Gerolstein de un modo muy lisonjero. Poco tiempo antes de su llegada, Rodolfo había salido con Murph y con un ayudante de campo á revistar algunas tropas, y como esta expedición era puramente militar, el gran duque creyó oportuno que no tomase parte en ella el abate, el cual vió con disgusto que Murph recobrase por algunos días su destino cerca de Rodolfo. Mucho esperaba el hidalgo que le serviría ésta conyuntura para averiguar el motivo de la frialdad del príncipe, mas por desgracia éste, diestro ya en el arte de disimular, manifestóse muy cordial, fingió que echaba de menos su primera juventud y sus rústicas diversiones, y casi tranquilizó á Murph. Y decimos *casi* porque hay hombres que están dotados de un instinto admirable. Á pesar de tantas demostraciones de afecto conocía Murph, que entre los dos había un secreto, y si bien quiso salir de dudas, la precoz doblez de Rodolfo frustró todas las tentativas. Sin embargo, durante el viaje no había el abate perdido el tiempo.

Los intrigantes se conocen ó se adivinan entre sí por medio de ciertos signos exteriores que les permiten observarse, hasta que su interés les decide á formar alianza ó á batallar abiertamente. Á los pocos días de haberse fijado en la corte del gran duque Tomás y Sara, aquél estaba muy íntimamente unido con Polidori. Confesábase éste á sí mismo con un cinismo casi increíble, que tenía una afinidad natural y casi involuntaria con los pícaros y los bellacos; y así es que sin adivinar de un modo positivo cuál era el blanco á que los dos hermanos se dirijían, conoció que tenía con ellos una simpatía decidida y presintió que fraguaban algún plan diabólico. Algunas preguntas de Tomás acerca del carácter y de los antecedentes de Rodolfo, preguntas sin importancia para quien estuviese menos avisado, le revelaron de repente los proyectos de los dos hermanos, si bien no supuso en la joven escocesa miras tan ambiciosas y á la

vez tan honestas. La venida de aquella joven le pareció un golpe de la suerte. Rodolfo tenía la imaginación llena de quimeras de ensueños de felicidad y Sara había de ser la encantadora realidad que reemplazara á sus deliciosos sueños; porque en el concepto de Polidori, antes de llegar á la elección y á la variedad en el placer, suele comenzarse por un amor único y romántico. Luis XIV y Luis XV quizás no guardaron fidelidad sino á María Mancini y á Rosa d'Arcy. Lo mismo había pues de suceder con Rodolfo y con la escocesa, la cual tomaría sin duda un influjo inmenso sobre su corazón, sujeto á la encantadora delicia del amor primero. Dirigir ese influjo y explotarlo con objeto de perder para siempre á Murph, tal fué el plan del abate. Á fuer de hombre inteligente en la materia, hizo comprender á los dos hermanos que sería preciso contar con él, como que era el único responsable ante el gran duque de la vida privada de Rodolfo. Mas esto no bastaba; había necesidad de desconfiar de un antiguo preceptor del joven que entonces hacía con él una expedición militar, hombre toscó, grosero y obcecado, que tuvo en otro tiempo mucha autoridad para con Rodolfo y que convertido en vigilante, lejos de tolerar los locos y excusables errores de la juventud, se creería obligado á denunciarlos al severo gran duque. Tomás y Sara lo comprendieron todo, aunque nada habían dicho al abate con respecto á sus secretos intentos; y á la vuelta de Rodolfo y del hidalgo, unidos los tres por su común utilidad, estaban tácitamente aliados contra Murph, que era su adversario más temible.

## XII

### EL AMOR PRIMERO

Lo que era de esperar, ocurrió. Rodolfo se enamoró de Sara como un loco. No tardó ella en confesarle que era correspondido si bien preveía los quebrantos que semejante pasión iba á causarles, y la imposibilidad de ser nunca dichosos, porque mediaba entre los dos mucha distancia. Encargó pues á Rodolfo la mayor discreción no fuera que el gran duque sospechase, pues entonces su carácter inexorable, les privaría de la única dicha de verse diariamente. Prometió el joven ser circunspecto y ocultar su amor. En cuanto á Sara era demasiado ambiciosa y estaba sobrado segura de sí misma para comprometerse á la vista de la corte. El príncipe, conociendo la necesidad del disimulo, fué tan prudente como Sara y el secreto se conservó durante algún tiempo. Cuando los dos hermanos vieron que la pasión de Rodolfo estaba en su grado máximo y que por momentos le era más difícil ocultarla, dieron el golpe de gracia. Atendido el carácter del abate, y siendo por otra parte muy moral el objeto de los dos

extranjeros, creyó Tomás que á nadie mejor que á Polidori podía comunicarlo, y así le habló por primera vez de la necesidad de casar á Sara con Rodolfo, añadiendo que sinceramente le aseguraba que de otro modo él y su hermana se alejarían al instante de Gerolstein, pues si bien Sara amaba al príncipe, prefería la muerte al deshonor, y no podía ser sino la esposa de S. A.

Semejante intento dejó petrificado al abate, porque nunca había creído que la ambición de Sara llegase á tanto. Este matrimonio fué considerado por Polidori como imposible, y manifestó francamente á Tomás las razones que impedirían al gran duque consentirlo. Parecióle justas al escocés; mas propuso como término medio capaz de conciliarlo todo un enlace clandestino, hecho en regla, y que se mantendría oculto hasta la muerte del gran duque. Sara era noble y de antigua alcurnia, y había muchos ejemplos de casamientos semejantes. Tomás daba ocho días de plazo al abate y á su alumno para que se decidiesen, pues su hermana no podía sufrir por más tiempo las crueles angustias de la incertidumbre; y si era preciso renunciar al amor de Rodolfo, quería tomar esta dolorosa resolución lo más pronto posible. Para justificar en todo caso la repentina partida de Gerolstein, dijo que había dirigido á un amigo suyo de Inglaterra una carta, á fin de que en Londres la echase al correo con dirección á Alemania; y en ella había razones bastante poderosas para que así él como Sara dejasen inmediatamente, y al menos por algún tiempo, la corte del gran duque.

El abate adivinó la verdad dejándose guiar por la mala opinión que de los hombres tenía. Estaba acostumbrado á buscar siempre una mira interesada hasta en los más nobles sentimientos, y así es que el deseo que Sara tenía de legitimar su amor con un matrimonio, creyólo una prueba no de virtud sino de ambición: ni aun quizás habría imaginado que la pasión de Sara fuese desinteresada, si ésta hubiese sacrificado su honor á Rodolfo. Tal juzgó al principio y esto lo había sospechado, porque supuso en la escocesa la sola intención de ser la dama del príncipe.

Según los principios del abate pensar en el deber, era no amar, porque reputaba por frío y débil el amor que se ocupase en otra cosa que en satisfacerse. Seguro ahora de los intentos de Sara, vaciló. Lo que Tomás decía en nombre de su hermana era muy honroso, pues su alternativa consistía en separarse ó unirse legítimamente. No obstante su cinismo no se hubiera atrevido á manifestar á Tomás que le extrañaban los motivos de honra que eran guía de su conducta, ni á decirle que uno y otro habían obrado con mucha astucia, para obligar al príncipe á contraer un enlace desproporcionado.

Tres eran los partidos entre los cuales podía elegir el abate: dar noticia al gran duque de lo que ocurría; descubrir á Rodolfo las intrigas de los dos forasteros, y contribuir al matrimonio clandestino. Participarlo al gran duque era tanto como perder para siempre el afecto del heredero presunto de la

corona. Descubrir la intriga á Rodolfo era arriesgarse á que lo recibiera como siempre reciben los enamorados al que les habla mal de la persona amada; además hubiera ofendido mucho el orgullo y el corazón del príncipe diciéndole que su alta jerarquía era lo que se ambicionaba, y finalmente como sacerdote no podía vituperar la conducta de una joven que estimaba su pureza, y sólo al esposo quería conceder los derechos, que por tal concepto le correspondían. Si ayudaba el enlace se unía más estrechamente al príncipe y á su esposa por medio de los vínculos de la gratitud, ó á lo menos por los de la complicidad en una resolución peligrosa y en el caso de que todo se descubriese, es verdad que quedaría expuesto á la cólera del gran duque, pero el matrimonio sería un hecho válido, pasaría la borrasca, y el futuro soberano de Gerolstein estaría tanto más ligado con él, cuanto fueran mayores los riesgos corridos en su servicio. Después de hacerse todas estas reflexiones decidióse á complacer á Sara, aunque con una restricción que más adelante indicaremos.

El amor de Rodolfo era una especie de frenesí y acababan de exasperarlo el retraimiento y la diestra seducción de Sara que al parecer sufría más que el príncipe por los invencibles obstáculos que el honor y el deber levantaban entre ambos.

Si las cosas hubieran continuado de aquella manera por algunos días más, el joven habría vendido su secreto. Ni es de extrañar que así sucediese porque era el primer amor, un amor tan ardiente como sincero y confiado, que Sara despertó y desarrolló poniendo en juego los infernales recursos de la más refinada é inteligente coquetería. Jamás mujer alguna excitó con más oportunidad y conocimiento los virginales afectos de un mozo de corazón enérgico y de imaginación fantástica; pero tampoco se vió nunca mujer tan atractiva y peligrosa como Sara. Ya jovial, ya triste, ya casta, ya apasionada, ya púdica, ya provocadora, ya dirigiendo á Rodolfo miradas lánguidas, ya de fuego, encendió en aquella alma una hoguera inextinguible. Cuando el abate le propuso que no había medio entre renunciar para siempre á aquella joven encantadora y poseerla á favor de un enlace clandestino, Rodolfo se echó al cuello de Polidori, llamóle amigo, salvador y padre, y si hubiera estado allí el templo y el cura el príncipe se habría casado en el acto. El preceptor se encargó de todo, halló sacerdote y testigos, y el matrimonio cuyas formalidades fueron minuciosamente inspeccionadas y comprobadas por Tomás, se celebró en secreto durante una corta ausencia del gran duque, que hubo de asistir á la dieta germánica. Los vaticinios de la adivina escocesa se habían cumplido. Sara acababa de casarse con el heredero de una corona.

La posesión hizo á Rodolfo más circunspecto, calmó aquella violencia que pudo comprometer el secreto de su pasión, y los dos jóvenes protegidos por

Tomás y por el abate se condujeron con tanto tino y reserva que nadie sospechó sus relaciones. Durante los tres meses primeros de su matrimonio fué Rodolfo el hombre más feliz del mundo, y cuando la reflexión sustituyó al arrebató, contempló su estado á sangre fría, y lejos de arrepentirse de aquella unión indisoluble, renunció sin dolor á la vida galante, voluptuosa y afeminada en que con tanto afán había pensado, é hizo con Sara muchos y halagüenos proyectos para su reinado futuro.

En esos planes el papel de primer ministro que al abate se había reservado *in pectore* perdía gran parte de su importancia, porque Sara, hartó imperiosa para abandonar el poder y el mando, guardaba para sí aquel destino con la esperanza de reinar por Rodolfo.

La calma convirtióse en desecha borrasca cuando Sara conoció que era madre y esta novedad que con impaciencia aguardaba, tuvo exigencias nuevas y que estremecieron á Rodolfo, pues vertiendo hipócritas lágrimas, declaró que le era imposible soportar la sujeción en que vivía y que se iba haciendo más penosa con su embarazo. Partiendo de este principio propuso decididamente confesárselo todo al gran duque y á la duquesa viuda cuyas distinciones para con ella eran de día en día más expresivas. Ya sé, decía, que se irritará de pronto; pero os ama tan tierna y ciegamente y me quiere á mí tanto, que su cólera se calmará poco á poco, y al fin ocuparé en la corte de Gerolstein el lugar que me corresponde como esposa vuestra y como madre del hijo que muy luego daré al heredero presunto del gran duque. Esta pretensión espantó á Rodolfo, porque si bien contaba con el mucho amor de su padre, conocía sus inflexibles principios con respecto á los deberes de los príncipes. Á estas reflexiones contestaba Sara que era su esposa ante Dios y ante los hombres, que dentro de poco no podría disimular su embarazo, y que no quería ocultar por más tiempo una posición de que tanto se gloriaba y de que podía envanecerse á la faz de todo el mundo. La paternidad había redoblado la ternura de Rodolfo, que puesto entre el deseo de acceder á las pretensiones de Sara y el temor de la ira de su padre, sufría los más crueles pesares. Tomás, decidido en favor de su hermana, aseguraba á su cuñado que á lo más podía suceder que el gran duque lo desterrara de la corte juntamente con su esposa; pero que visto cuanto le amaba preferiría tolerar lo que era imposible que impidiese; estas consideraciones aunque justas no calmaban á Rodolfo.

En estos angustiosos momentos dispuso el gran duque que Tomás fuese á recorrer algunas yeguerías de Austria, y aunque ese viaje podía á lo sumo ser cosa de quince días, partió con mucho disgusto porque aquella era la ocasión de decidir la suerte de su hermana. Pesar y alegría causó á ésta la ausencia de hermano, pues si con ella perdía á un consejero, en caso de des-

cubrirse todo Tomás estaría á cubierto de la cólera del gran duque. Convinieron los dos hermanos en mantener una correspondencia continua, y para hacerlo con más seguridad y secreto acordaron escribirse por medio de cifras, cuya precaución prueba que Sara tenía que hablar á su hermano de algo extraño al amor de Rodolfo.

En efecto, el frenético amor que había encendido, no bastó para derretir el hielo de su corazón egoísta y ambicioso, y la maternidad que no ablandó tampoco aquella alma dura, fué un recurso, un arma más que esgrimió contra Rodolfo. La juventud, el delirante amor y la inexperiencia de este príncipe casi niño y con tanta perfidia traído á posición tan difícil, no le inspiraban apenas interés alguno, y en sus conversaciones con Tomás quejábbase con amargura y desprecio de la debilidad de aquel mozo que temblaba ante el más paternal de los príncipes alemanes, *cuya vida por cierto era muy larga*. La correspondencia entre ambos hermanos descubría claramente su egoísmo, sus ambiciosos cálculos y su impaciencia casi homicida, y manifestaba los secretos resortes de aquella infame trama.

Á los pocos días de la marcha de Tomás hallábase Sara en la tertulia de la gran duquesa viuda en donde algunas señoras la miraban con aire malicioso y después cuchicheaban entre ellas. La gran duquesa Judit que á pesar de tener noventa años conservaba la vista perspicaz y el oído fino, reparó aquellos movimientos y supo por una de sus damas que las señoras encontraban á Sara menos delgada y esbelta que de costumbre. La anciana princesa que adoraba á su protegida de cuya virtud hubiera respondido ante Dios, se indignó al saber de lo que se trataba, y desde el extremo del salón en que se hallaba llamó á Sara en voz alta. Atravesó la joven todo el corro para acercarse á la princesa, cuya benéfica intención era confundir con aquel solo paseo á los calumniadores y probarles que el talle de su protegida se conservaba esbelto como siempre.

Sara se levantó.

Tuvo que atravesar todo el salón para acercarse á la princesa, que con la mejor intención quería confundir con este solo hecho á los calumniadores, probándoles que el talle de su protegida no había perdido un ápice de su finura y gentileza. Pero ¡ah! la enemiga más cruel de Sara no hubiera discurrido en daño de ésta lo que discurrió la excelente princesa. Cuando su protegida cruzó la sala fué necesario todo el respeto que inspiraba la gran duquesa Judit, para que no se levantase un murmullo de sorpresa y de indignación. Las personas menos perspicaces notaron lo que Sara *no quería ya* ocultar, aunque le sería fácil disimular aún el estado en que se hallaba; pero la ambiciosa joven quería hacer de él la más clara ostentación, á fin de obligar á Rodolfo á que declarase su matrimonio.

La gran duquesa no dió sin embargo crédito á la evidencia que tenía ante sus ojos, y dijo á Sara en voz baja :

— Querida mía, venis hoy horriblemente vestida... vos, que tenéis una cintura tan fina estáis desconocida esta noche.

Más adelante referiremos las consecuencias de este descubrimiento, que produjo grandes y terribles sucesos. Pero diremos ahora lo que acaso habrá adivinado ya el lector... á saber, que Flor de María era el fruto del matrimonio secreto de Rodolfo y de Sara, y que ambos creían muerta á su hija.

No habrá olvidado el lector que Rodolfo, después de haber estado en la casa de la calle del Templo, volvió á la suya, y que aquella misma noche debía asistir al baile que daba la embajadora de \*\*\*. Seguiremos en este baile á S. A. R. el gran duque de Gerolstein, GUSTAVO RODOLFO, que viajaba en Francia con el título de *conde de Duren*.

### XIII

#### EL BAILE

Á las once de la noche un suizo vestido con gran librea abrió la puerta de una casa de la calle de Plumet para que saliera una magnífica berlina azul, arrastrada por dos soberbios caballos tordos de alta talla y largas crines. Sobre el pescante ricamente adornado con guarniciones de seda estaba sentado un enorme cochero, á quien hacía más enorme un capote azul forrado en pieles, con cuello y valona de martas, con galón de plata en todas las costuras y adornado con largos alamares: en la zaga un lacayo gigantesco y empolvado vestido con librea azul y plata iba al lado de un cazador con formidables bigotes, lleno de galones como un tambor mayor, y cuyo sombrero con ancha guarnición estaba medio oculto bajo un penacho de plumas azules y amarillas. Los faroles arrojaban una luz viva en el interior de aquel coche forrado de raso, en donde se veía á Rodolfo sentado, con el barón de Graün á su izquierda, y Murph al vidrio.

Por deferencia hacia el soberano á quien representaba el embajador en cuya casa era el baile, llevaba Rodolfo la placa de la orden de \*\*\* guarnecida de brillantes.

Sir Gualterio Murph y el barón de Graün llevaban al cuello la banda de la gran cruz de comendador del *Águila de Oro de Gerolstein*. El diplomático llevaba además á la altura de los dos últimos ojales del vestido un pasador de oro, del cual pendían innumerables cruces de todos los países.

— Tengo el mayor placer — dijo Rodolfo — con las buenas noticias que la señora Adela me ha dado de mi pobre protegida: la asistencia de David parece que ha mejorado notablemente su salud. Y ahora que hablamos de la Cantaora — añadió sonriendo, — confesad, señor Gualterio Murph, que si alguna de vuestras conocidas de la Cité os viese con ese disfraz... no volvería en sí del pasmo en cuatro horas.

— Creo, monseñor, que V. A. R. causaría la misma sorpresa si tuviese la humorada de hacer esta noche una visita en la calle del Templo á madama Pipelet, con intención de disipar por un momento la melancolía de su marido... víctima del infernal Cabrión.

— Monseñor nos ha pintado ese Alfredo tan á lo vivo, con su aire doctoral y su eterno sombrero — dijo el barón, — que me parece que le estoy viendo en su cuarto obscuro y ahumado. Por lo demás, yo creo que V. A. R. se halla satisfecho de las indicaciones de mi agente secreto. ¿Ha satisfecho el deseo de V. A. esa casa de la calle del Templo?

— Sí... — dijo Rodolfo; — y he descubierto en ella más de lo que esperaba... — Y después de un momento de silencio, que guardó para disipar la idea penosa que le inspiraban sus sospechas con respecto á la marquesa de Harville, siguió diciendo: — Ello es una puerilidad que casi no me atrevo á confesar; pero hay en estas venturas una especie de contraste que no deja de tener su mérito: ... después de haber brindado esta mañana á madama Pipelet con una botella de buen Burdeos y de haberle guardado la portería... hallarme convertido esta noche en uno de esos entes privilegiados que reinan *por la gracia de Dios* en este mundo sublunar... (Á pesar de que aquí podríamos aplicar el cuento *del hombre que tenía cuarenta escudos*, y hablaba de *sus rentas* como un millonario) — añadió Rodolfo á manera de paréntesis con que aludía á la corta extensión de sus Estados.

— Pero hay pocos millonarios, monseñor, que tengan una razón tan sana y admirable como el hombre de los cuarenta escudos — dijo el barón.

— ¡Oh, mi buen Graün! sois un sabio: me engrandecéis á vuestro modo — repuso Rodolfo con ironía burlona, mientras que el barón miraba á Murph con la turbación propia del hombre que cree demasiado tarde haber dicho una tontería.

Á la verdad — continuó Rodolfo — yo no sé, mi querido Graün, cómo agradeceros la buena opinión que tenéis de mí, ni con qué lisonjas he de pagaros las que me prodigáis.

— Monseñor... no os toméis ese trabajo — dijo el barón, que había olvidado por un momento que Rodolfo aborrecía la lisonja y se vengaba con burlas crueles del que se atrevía á adularlo.

— ¡Qué decís, barón! yo no quiero ser menos que vos en prodigar obsequios: